

CARDENAL

REVISTA LITERARIA

DOSIER DE MINIFICCIÓN

JOSÉ JUAN ABOYTIA * PILAR ALBA * DANIEL BERNAL
MORENO * RICARDO BUGARÍN * FERNANDA CABRERA SOSA
* FERNANDA CALLEJO * EDITH CARRIL * DANIEL FRINI *
AMALIA FUINO * OME GALINDO * ASMARA GAY * DIANA
RAQUEL HERNÁNDEZ * MARCOS LEIJA * ÉDGAR NÚÑEZ
* JAIME PANQUEVA * MARCIA RAMOS * DÉBORAH RUIZ *
MANUEL SAUCEVERDE * MERCEDES SOTO * EDITH TAVAREZ
* KARINA ZAVALA

CARDENAL

REVISTA LITERARIA

**DOSIER DE
MINIFICCIÓN**

*Publicado en septiembre del año dos mil
veinte.*

DIRECCIÓN GENERAL
Ricardo Plata
Mateo Mansilla-Moya

JEFE DE EDICIÓN
David Espino Lozada

JEFE DE DIFUSIÓN Y COMUNICACIÓN
Melissa del Mar

COORDINADOR DE EDICIÓN
José Alberto Gurrea Montes

JEFE DE REDACCIÓN
Kevin Aréchiga del Río

EDITORES
Fernanda Ramírez Rivera
Mercedes J. Soto
Susana Bautista
Eder Elber Fabián Pérez

DIRECCIÓN Y EDICIÓN DE
PRODUCTOS AUDIOVISUALES
Roberto Sobrado
Kandy Isla Sánchez Ortiz

COORDINACIÓN DE BARCELONA
Paola Espinosa Haiat

COORDINACIÓN DE MÉRIDA
Kevin Aréchiga del Río

COORDINACIÓN DE HANNOVER
Emilio Alejandro Aguilar

COORDINACIÓN DE GUADALAJARA
Mercedes J. Soto

COORDINACIÓN DE VALENCIA
María Frago

COORDINACIÓN DE MEDELLÍN
José Agudelo

COORDINACIÓN DE PUEBLA
David Eduardo López

COORDINACIÓN DE CUBA
Giselle Lucía Navarro

Diseñador web:
Rodrigo Fernández

Ilustradores:
Ric Plata
María Frago



CARDENAL

Dossier de minificción

Í N D I C E

❧ *PASSERI PLECTRUM* ❧

Beber y comer	9
Amor	11
Evolución	13
Correr por el vaso	15
El bucleo del museo	19
La ciudad roja	23
Une femme	25
Costumbres raras	26
El bar	28
Oz el poderoso	30
El lobo del sueño	37
A media luz	39
Proyecto Niçtaleón	41
Los días que pasan	43
Alicia	46
Silencio	51
Operación maravilla	52
Axioma 1	54
Instrucciones para un viaje	55
Noche roja	57
Pájaros en la banqueta	60

PRESENTACIÓN

EN *CARDENAL REVISTA LITERARIA* TENEMOS EL GUSTO de presentar este primer dossier de minificciones, en el que se podrán encontrar algunas de las voces narrativas que resuenan desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la fecha.

En este dialogan minificciones de autores experimentados quienes, a pesar de su juventud, presentan ya un estilo propio en su escritura. Lo que en un inicio pensamos como una línea temática como eje rector para esta publicación, terminó cediendo el paso a la polifonía de los textos que recogimos en el camino, pues en todos estos encontramos valiosas historias con temáticas diversas que, no por ser diferentes, debían dejar de converger en este espacio.

Así mismo, en nuestro interés por conocer y compartir nuevas historias, y comprometidos con la literatura, decidimos hacer una selección especial únicamente de minificciones para, distinguirlas de otros tipos de escritura narrativa, y presentarlas en un cuerpo único dedicado a su consolidación y difusión como forma literaria con el objeto de contagiar nuestro interés por un tipo de escritura que, por su brevedad, se ha presentado antes como «menos serio» en el mundo literario.

Los textos que componen este documento, fueron leídos y seleccionados cuidadosamente por el comité editorial de *Cardenal Revista Literaria*; por su brevedad, por su estructura protéica y por su cuidadoso uso del lenguaje, las minificciones presentadas brindan diversas miradas y expresiones literarias al lector que nos hacen experimentar una gran variedad de sentimientos.

El dossier que ahora tiene el lector en su pantalla lo hicimos descargable y en formato PDF con el objeto de facilitar el acceso a su lectura y llegar al mayor número posible de personas.

Agradecemos mucho sus muy valiosas colaboraciones a José Juan Aboytia, Pilar Alba, Daniel Bernal Moreno, Ricardo Bugarín, Fernanda Cabrera Sosa, Fernanda Callejo, Edith Carril, Daniel Frini, Amalia Fuino, Ome Galindo, Asmara Gay, Diana Raquel Hernández, Marcos Leija, Édgar Núñez, Jaime Panqueva, Marcia Ramos Lozoya, Déborah Ruiz, Manuel Sauceverde, Mercedes Soto, Edith Tavaréz y Karina Zavala. Agradecemos también a Eder Elber Fabián Pérez por su dedicación y detenimiento en este tipo de escritura narrativa.

CONSEJO EDITORIAL

BEBER Y COMER

Por José Juan Aboytia

Jesús tiene prohibida la entrada a los bares de la ciudad. Siempre pide agua y sale borrachísimo. Tampoco puede ingresar a los restaurantes, solo ordena una porción de pescado y pan, y hace que todos coman gratis.

¿LATIN LOVERS?

Epitafio Epidemia tuvo un episodio cuando de su epidermis brotó un epílogo. Redactó una epífora epístola para Epífita Epítome. Ella en epifanía le envió un epígrafe: ¡No te pongas épico!

EL ESCRITOR Y SU TIEMPO

- Mi libro está maltratado de las orillas.
- ¿De las orillas del tiempo, maestro?
- No, de los ineptos de paquetería.

INVESTIGACIÓN

La pareja de detectives debe deducir en estas palabras si son matrimonio o colegas.

LÁGRIMA

Le llora solo un ojo, piensa que está medio triste.

CURIOSIDAD

Rompió la relación para ver cómo era por dentro.

ENVIDIA

Todo le envidiaba a su vecinita; la muñeca nueva, la ropa del domingo, las coletas del cabello, las pequitas en la cara, los tratos especiales de los padres. Todo le envidiaba hasta que se hizo pasar por ella, y nadie se dio cuenta, ni siquiera la enfermedad terminal de la niña de las pequitas.

AMOR

Por Pilar Alba

Hay muchas clases de amor. Escribe. El amor que les dedico por las mañanas a mis plantas, a mi casa cuando barro el piso y trapeo, cuando limpios los muebles o cambio de sábanas mi cama. ¿Eso es amor?... Se detiene un poco. Bueno, al menos eso es lo que yo pienso... y sigue escribiendo: Está también el amor que le tengo a Puki, mi perro, y el que él me tiene a mí. Eso es muy fácil saberlo, los animales son transparentes en sus sentimientos: mueven la cola, ladean la cabeza, lengüetean tus manos, ladran cuando vas llegando a la casa... Deja de escribir y se asoma por la ventana para ver a su perro que duerme plácidamente bajo los pocos rayos de sol que deja pasar este invierno. Hay otra clase de amor, también debo admitirlo, aunque no quisiera hacerlo; ese que de repente se les tiene a las cosas, me cuesta decirlo porque no quiero que consideren que soy una persona materialista, de esas que solo piensa en dinero, pero hasta un auto que ya nos ha acompañado tanto tiempo cuando se llega a venderlo nos duele desprenderse de él, aún sabiendo que estrenaremos uno nuevo. En fin, hay muchos amores y muchas maneras de ejercerlo. Piensa que aún tiene muchas cosas por escribir pero le queda poco espacio para hacerlo. Yo no sé por qué de repente me siento ante una máquina esperando encontrar aquí esa otra clase de amor que todos queremos. En fin, si piensas lo mismo, aquí te dejo mi correo. Añade su dirección y pone punto final al texto. Da clic en enviar. Se queda mirando a la pantalla, esperando a que ese otro tipo de amor lea sus palabras y le proponga un encuentro.

LA LLAMADA

Cuando se lo avisaron por teléfono de pronto no podía creerlo. Tardó más de dos eternos minutos en asimilarlo y contestar con un lacónico: *Está bien*. La persona, que acostumbrada a este tipo de respuestas, esperaba al otro lado de la línea solo dijo en tono de rutina: *Aquí lo esperamos*; y cortó la llamada. Los hechos que precedieron ese momento son largos y confusos de relatar. Tomó cinco veces la chamarra y la dejó las mismas cinco, en diferentes lugares, hasta olvidarla por completo. Verificó siete veces antes de salir si traía consigo las llaves de la casa y dos más, la del auto. Verificó que la cerradura de la puerta del patio y las tres ventanas exteriores estuvieran cerradas. Cerró la llave de paso del gas y también la del agua. Bajó el apagador de la luz. No tenía nada en el refrigerador que pudiera echarse a perder. Era un alivio haber consumido las últimas latas de atún y haber tirado la basura justo ese día por la mañana, media hora aproximadamente antes de la llamada. Dio las vueltas necesarias a las dos cerraduras de la puerta, sacó el auto y puso el candado en el cancel de la cochera, más tarde pensaría qué hacer con él. El regreso no sería pronto. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a casa. Esa llamada era lo único que esperaba, para poder terminar con todo y empezar en otro lado.

EVOLUCIÓN

Por Daniel Bernal Moreno

El mercado se convirtió en un chiquero. Entraron sin detenerse en los demás puestos. Olía a mierda. Frente al mostrador esperaron pacientes su turno. La carne, rosada, lucía apetitosa. A él siempre le gustó la piel, el cuerito que saboreaba los domingos; ella prefería la maciza. Una cosa tenían ambos en común: no soportaban que en la carnicería estuvieran las cabezas de los animales que iban a comer. No entendían la necesidad de ver la cara de los humanos muertos colgadas o sobre el mostrador. Se ven tan feos y son tan sabrosos, pensó el cerdo antes de comprar medio kilo de humano.

ACTOR DE REPARTO

Cuando el director le dio el guion, no estuvo de acuerdo. Tenía miedo de la reacción de la gente. Su papel era corto, pero de gran trascendencia para la historia. Sería difícil entender el argumento sin su presencia. ¿Por qué lo eligieron a él? Quizá porque era el mejor de los actores, quizá porque era el peor.

El director redundó en las indicaciones. Le aclaró el sentido del beso. No era fácil besar a otro hombre y menos a este que era el protagonista, quien al final tendría todos los reflectores y del que se harían miles de objetos con su imagen, como pasa en toda buena historia. Esa tarde, nuestro actor temblaba de miedo, la responsabilidad era grande y solo alguien con temple podría volverse el traidor. Como todo director, Dios Padre le hizo una seña a Judas, él besó a Jesús y después, como el guion lo indicaba, se suicidó.

NEGACIÓN

Mi abuela, que aún vive, se me presenta en todos lados. La veo y me ve. Lloro. Se resiste a entender que ya estoy muerto.

CRIMEN RESUELTO

La soberbia del detective lo llevó a dejar en una nota el nombre del asesino. La dejó al alcance de la policía. Después sirvió un *whisky*, subió el volumen para escuchar un *blues* desgarrador y se sentó de espalda a la puerta. Sonrió cuando escuchó detrás de él cómo cortaban cartucho. Siempre tenía razón.

CORRER POR EL VASO

Por Ricardo Bugarín

Leímos el aviso y salimos corriendo. Cada cual pilló al voleo lo que tenía a mano y salimos para la calle. Cuando llegamos al descampado nos la encontramos. Estaba ahí, redonda, gigante, inmensa, azul y callada. No se veía nada por los alrededores. Nos fuimos juntando a prudente distancia y cada cual comenzó con sus exclamaciones y comentarios. Algunos decían de acercarse, otros de tirarle piedritas a distancia, otros de hablar por altavoces, otros agarrar un avioncito del aereoclub y mirarla desde arriba, otros de remolcarla hasta la plaza para estudiarla. Se nos fue la tarde completa en disquisiciones y al final nos regresamos cuando ya era noche cerrada. Y allí quedó en el campo, redonda, gigante, inmensa, azul y callada.

GAJES DEL OFICIO

Al cambiar las sábanas encontramos ese diminuto ser. No podemos asegurar si es producto de algún bolsillo o si escapó de un descuido de los usuarios. Ahora lo tenemos aquí, debajo de ese fanal de vidrio. Parece mirarnos con cierta tranquilidad y no ha demandado de mayores cuidados. Ni agua ni alimentos ha solicitado, pero nos preocupa su forma diminuta. Pensar que de no habernos percatado a tiempo, seguramente lo hubiésemos ahogado entre las sábanas al meterlas al fregadero. Esperamos que alguien lo reclame ,aunque creemos que esas son cosas que raramente alguien reclame. Son olvidos preferibles que suele practicar la gente.

CONSEJO PROFESIONAL

En el intersticio del oxo y el moxo hay una especie de elemento gelatinoso que si usted lo toma con cuidado y lo extiende sobre una pantalla verá, con toda seguridad, la razón que ha dado origen a esa situación apremiante en que se encuentra. Observará que de un lado presenta como unas boquitas de calamares asustados, pero si presta la debida atención podrá comprobar, como dice mi jefa, que es la viva presencia de nuestra santa patrona. Usted puede deducir lo que considere necesario explicar, pero, por experiencia pública y privada, le sugiero que no se aparte de ese pequeño intersticio y cuando se le consulte no deje de repetir que toda solución está en la buena avenencia del oxo y del moxo. Del elemento gelatinoso ni se recuerde, ni lo mencione. Lo van a volver loco a preguntas y eso puede complicarle mucho las cosas.

HERENCIA

Para Alejandro Bentivoglio

«Yo vendo unos ojos negros», decía mi papá. «¿Quién me los quiere comprar?», era siempre la pregunta. Parece que el negocio no fue próspero. Y aquí está ahora esa herencia. En una cajita, esos glóbulos oculares, ese par de iris aviesamente dilatados... Y esa mirada, esa mirada que no puedo quitarme de encima.

ATRACCIÓN

El hediondo olor de su maxilar era testimonio de su mal descanso. Cualquier maxilar, era todo lo mismo. La abultada intrepidez de sus axilas era suficiente para conocer su inhóspito destino. Lo que se podía observar entre los dedos era seguro

asombro de su ignorancia. Cualquier dedo, era todo lo mismo. La oscuridad de su vientre era la inaudita razón de su propio origen. Y en la espalda, en lo que consideramos que sería la espalda, usted mira eso y se queda mudo.

A fuerza de engaños, estrategias y simulacros, logramos traerlo por el camino de nuestras intensiones. Puede pasar a verlo. Parece inofensivo. Está en nuestra heladera.

Esperemos que no se muera.

BAJO LA LUPA

Parecía ser todo un hombre. Su entereza fue puesta a prueba y, aplicadamente, atravesó todas las instancias. La meta parecía cercana. El resultado podría ser óptimo. De repente, un agrisado humo comenzó a extenderse desde la base. Parece que la observación fue excesivamente fuerte o excesivamente prolongada. Y fue combustión. Y fue, luego, ceniza.

PASAJERO

Se me pegó en el colectivo. No bien sentí ese calorcito, me di cuenta. No dije nada. Tratando de no llamar la atención me puse a mirar por la ventanilla intentando distraerme con el paisaje urbano. Cuando íbamos por la subida del norte noté que se movió un poco. Arremetió con mayor seguridad. Fue más preciso y me resultó más punzante. En cada sacudida me parecía que me iba a traspasar. En cuanto pudiera me correría de lugar. Todo intento fue imposible. A esa hora parecía que la ciudad entera había subido a ese transporte. La vuelta del lago me fue infinita y los barquinazos de la costa un suplicio. Decidí que en cuanto me fuera posible me saldría de ese infierno. Me faltaba mucho del trayecto pero en la parada de la ochava grande tomé impulso y descendí. Y se bajó conmigo. Ahora

lo tengo en un frasquito y se los voy a llevar, a los del instituto, para que lo analicen. No tengo idea de si estará vivo o si se habrá muerto.

EL BUCLE DEL MUSEO

Por Fernanda Cabrera Sosa

Katsa caminada con rapidez rumbo al ascensor mientras volteaba hacia atrás de sí cada tanto.

Se percató de que alguien la seguía, pero no lograba verle el rostro.

Se detuvo a analizar el panorama detrás de unas pinturas rupestres y de la escultura de un dinosaurio. El museo tenía muchas cosas interesantes; tantas que Katsa decidió robar una daga.

Notó que varios guardias de seguridad caminaban hacia su escondite; lentamente caminó de espalda y sintió como le cubrían la boca y la jalaban.

Cuando abrió los ojos se encontró en el momento justo antes de tomar la daga, como volviendo en el tiempo.

Encontró el bucle que andaba buscando.

PROCEDIMIENTO EXITOSO

El recuerdo del olvido bloqueaba la mente. Tal vez hablaba de una muerte lenta, o simplemente disfrutaba de un contexto que a cualquiera le podía resultar ridículo. Al no conocer la diferencia entre lo bueno y lo malo, y sentar los cimientos de un edificio lo suficientemente sensual; el juego de palabras que lograba salir de mi boca me daba cada vez menos miedo. Una vocecilla chillona me decía en mi interior que en algún momento estaría convencida de cuanta mentira o verdad saliera de mí, sin siquiera llegar a dudar.

No imaginaba engañarme a mí misma, era un procedimiento ensombrecido, pero iba progresivamente en cambio. Es lo

que todos desean en algún momento de su existencia. Borrar el ensamble y llegar a un cielo de golpe, con los montones en acumulación, sentimientos a popa o suprimidos; lo que fuese con tal de que formaran un cúmulo de contratos contrarios a cuanto salió mal en experimentos previos. Debo decir que es un buen procedimiento y de vez en cuando resulta exitoso.

EL FIN

El miedo es constante. El sufrimiento es opcional. Y no importa si la frase no va de esa manera. Porque ya no estoy hecha a la manera común; ni yo, ni la esperanza que llenaba mi frasco de vida cada vez que me disparaban.

Los ruidos y las visiones que me parecían enloquecer solo eran la clave; la llave secreta que me llevaba del Aleph al punto de encuentro. ¿Que no me entienden? No importa más. Debía de un momento a otro sostener con fuerza la rienda de mi bestia despotricada, de las barradas que me agobiaban; de la ignominia y resignación que me habían sepultado.

—Este es el fin —le digo a mis partes reuniéndose. Y así está mejor. Me gusta la verdad, y la misma me persigue, aunque no lo quiera saber. Pero cuando lo que yace dentro del corazón es más importante que la tormenta desaforada, entonces comienzas a vivir realmente.

VIAJE DIMENSIONAL

Se me secó la boca y no podía respirar. Paso tras paso en mi bamboleante andar intentaba aspirar el aire necesario. El olor a iglesia me perturbaba en medio de la oscuridad. Solo era un cuarto más. Abrir y cerrar de puertas en la misma oscuridad. Intenté recordar el mapa que me habían hecho años a atrás,

el mapa del microcosmos y de la continuidad. Había olvidado las pistas y solamente me quedaba el terror a que me cayera un insecto encima, a morir desintegrado o a no encontrar mi realidad.

Recordaba dos puntos concretos, pero estaban en lados contrarios. No tenía sentido que mi mapa marcara que había estado en ambos lados en el mismo periodo del tiempo. La confusión aumentaba mientras atravesaba más puertas. Recordé con un vestigio de luz azulada. Lo vi y lo recordé, como en los *déjà vu*, era como en el inicio, de donde partí. ¿En dónde estaba? ¿Eran los mismos lugares? Estaba en el punto en donde realidad y ficción se anudan.

Desperté esta mañana recordando un sueño extraño en donde jugaba un videojuego. Era algo sobre el espacio. Me divertí un buen rato explorando dimensiones, pero chocó mi nave. Se me secó la boca y no podía respirar.

UN ALIEN EN LA COCINA

Estaba lavando a la orca, cuando pasó de cerca. Era oscura y diminuta. La orca bebé se movía inquieta. El nuevo habitante presente en la cocina le molestaba. En la curiosidad que me daba observar la gran cantidad de ojos como los míos, las alas diminutas y el sonido de su volar, la miniorca saltó en el lavadero y la devoró. Su vida fue corta y mi perplejidad eterna. No es recomendable lavar orcas en la cocina.

GOTITAS DE HUMANO

La comida estaba simple. La salsa lo sabía desde que sirvió los platos. Las salsitas se acomodaron alrededor de la mesa esperando a su madre para comer. En el refrigerador estaba un traste con humano. Lo puso en la mesa y las salsitas sal-

picaron gotitas de humano en su comida. Picaba un poco, pero mejoró el platillo por completo.

LA CIUDAD ROJA

Por Fernanda Callejo

Solo mi memoria sabe que me encuentro petrificada en el tiempo de mi existencia, todos mis recuerdos me remiten al mismo rojo carmín que me inunda. No podría decir que he tenido tiempos mejores. El sonido desgarrador de una víctima más inunda mis calles cada segundo.

Siento su dolor, escucho su llanto y sus gritos ¿por qué no las escuchan?

He creído que lo hacen, pero deciden ignorarlo, pues caminan a prisa con la indiferencia a cuestas. La sangre les ensucia el pantalón, escurre por todo su cuerpo escandalosamente y ellos permanecen tranquilos, menos ellas. Su voz me reconforta, me acompaña en este mar rojo que nos salpica a todos.

Solo mi memoria sabe lo que encierra.

EL ARMARIO

Nunca me habían importado los pequeños ruidos del armario solitario al otro lado de la pared. Mi madre siempre me había invitado a pensar que la madera rechinaba constantemente con los cambios de clima. Llevábamos encerradas en aquella habitación más tiempo del que podíamos contabilizar, parecía que había pasado una eternidad y no podíamos movernos de ahí. Nunca hablamos, aún no entiendo por qué.

Un día, incitada por la asfixiante sensación de eternidad, me atreví a preguntarle:

—¿Cuánto tiempo más crees que papá nos tenga aquí encerradas?

—No estamos encerradas —dijo y atravesó el muro.
Miré su cuerpo inerte en el piso, ahora recordaba todo.

UNE FEMME

Por Edith Carril

Vivía lejos de la capital. Trabajaba en el tambo de unos gringos. A veces, cuando podía, iba a la escuela nocturna. Durante las jornadas en el campo, la Isabel usaba una faja ajustada a la cintura y un pantalón bombacha heredado de su tía la menor. Así, era más cómodo ordeñar las vacas con las piernas abiertas.

Al llegar a su casa, en el pueblo, se descambiaba el barro. Su tata le tenía preparada la merienda. Como de costumbre, un mate cocido hervido con agua de ayer. Después, encendía el aparato que les había donado el municipio en la última elección. Todos los días a las dieciséis, le gustaba ver por el canal local, los desfiles de ropa moderna. Esos que vienen desde París. La Isabel, no sabía dónde quedaba ese lugar. No pretendía.

Simplemente, a la misma hora, ella soñaba.

COSTUMBRES RARAS

Por Daniel Frini

—¡Ahí viene otra vez! ¡Escóndanse! —dijo el sapo más viejo.

—¡Te llena la jeta de saliva! —acotó un sapito.

—¡Repugnante! —sentenció el sapo educado.

La princesa, etérea y radiante, inició su ronda habitual de besos.

NAVIDAD 1

La matrona apartó la cortina andrajosa que cubría la entrada del pesebre de Navidad y le habló al padre que afuera caminaba, nervioso, mientras esperaba.

—¡Felicidades! —exclamó, sonriente, mientras lo animaba a mirar adentro.

José entró, apurado, y no pudo disimular su sorpresa.

—¿Mellizos? —dijo— ¿Y ahora qué hacemos?

LA VERDADERA RAZÓN O CÓMO SE PUEDE EXPRESAR, EN UNA SOLA PALABRA, EL MÉTODO POR EL CUAL SE ENCONTRÓ LA FORMA DE QUE LAS LEGIONES CELESTIALES CONSIGUIERAN EL TRIUNFO FINAL SOBRE LAS HUESTES SATÁNICAS DEL INFIERNO

Casualidad

ALEGRÍA DE LOS MARINEROS DEL BALLENERO *KING GEORGE*, QUE NAUFRAGARON EN UN ICEBERG

¡Estamos salvados! ¡Ahí viene el *Titanic*!

JUEGO DE NIÑOS

Había una rayuela dibujada en la vereda, con tiza amarilla. Partía de «Tierra»; y, nueve números después, llegaba a «Paraíso». No decía «Cielo», decía «Paraíso». Había niños que jugaban a la rayuela amarilla, en la vereda.

Fuerte, densa, continua; vino la lluvia y borró la rayuela.

Aterradora, espantosa, espeluznante; vino la guerra y borró a los niños.

TEORÍA CONSPIRATIVA DE LOS OSOS

Papá Oso gritó muy fuerte:

—¡Alguien ha probado mi leche!

Mamá Osa gruñó un poco menos fuerte:

—¡Alguien ha tocado mi silla!

El Osito pequeño dijo llorando:

—¡Alguien está durmiendo en mi cama!

Cuando Ricitos de Oro despertó, los tres osos todavía estaban allí. No sobrevivió al ataque. Un mechón de sus cabellos rubios, manchado de sangre, decora el centro de mesa en el acogedor comedor de la hermosa casita de los Oso.

EL BAR

Por Amalia Fuino

Estabas sentado en un modesto barcito de la Paternal. Garabateabas números, corregías palabras y tu mano veloz modificaba columnas. Tal vez hasta hayas pensado en despedir empleados o rescindir contratos.

De alguna manera debías resolver esos problemas que no te dejaban dormir.

—¡Oiga! ¿Toma algo?

Con sorpresa, levantaste la mirada hasta el viejo mozo que con poca paciencia intentaba hacer su trabajo.

—Un cortado —quisiste decir. Pero los sonidos no salieron de tu boca y apenas pudiste sonreír tímidamente.

—No sé pa qué vienen si no piden nada —rezongó el hombre mientras respondía con la mano en alto a quien, desde otro lugar, pedía un café.

En esa mesa contra la ventana, apoyaste tus notas y lápices como si se jugara tu última partida de ajedrez. Otra vez las cuentas, los borrones, las hojas desparramadas.

—Bueno, vea... o toma algo o se va. Hace como dos horas que está acá tachonando esas hojas —escupió el hombre.

Levanté la mirada y mis ojos furiosos se posaron en tu cara. Fulminé esa sonrisa estúpida y descargué dos puñaladas en tu vientre. Me acerqué y te empujé hasta que te desmoronaras en el piso frío. Mi poder te había liquidado. No pudiste articular palabra y un hilo de sangre empezó a brotar de tu boca, deslizándose sobre tu camisa, tu vieja camisa blanca.

—Nada, ya sabía yo. No hablan, no toman, no pagan. ¿Quién

es? —preguntó el mozo al dueño, acodado en la barra.

—No sé. Es un muchacho nuevo en el barrio. Todos son iguales: al principio te miran, te sonríen, no consumen. ¡Qué sé yo! —le explicó con desgano— Si vuelve mañana, algo le digo.

Guardaste todas tus cosas en la desgastada mochila. Caminaste hasta la puerta y antes de salir buscaste la mirada de aquel viejo de camisa gastada para petrificarlo con furia. Para amenazarlo en silencio.

Caminaste hasta la pensión, satisfecho. Tu personaje había nacido.

OZ EL PODEROSO

Por Ome Galindo

Después de que Dorothy tuviera su audiencia con Oz el Poderoso, fue el turno del Espantapájaros.

—Quiero un cerebro —dijo, y Oz el Grande le otorgó un cerebro fresco.

Fue el turno del Leñador de Hojalata.

—Quiero un corazón —dijo, y Oz el Magnífico le dio uno.

Por último, pasó el León Gallina, quien pidió un poco de valor.

—¿Valor? ¿Valor me pides? —gritó el mago—, pues cómete los restos de tu amiga.

ESPECTÁCULO

Cerca de la penumbra, a eso de las cinco de la tarde, en la esquina de Lerma y Reforma, un niño tragafuegos lanza bocanadas de gasolina en llamas por encima de los automóviles que, expectantes, buscan el cambio de luz del semáforo.

El pequeño hace una reverencia y se acerca a la ventanilla de un Buick 2002 color plata. La conductora estira la mano y le da la enorme cantidad de tres grammas. El niño entonces abre su pico para agradecer. Sus ojos de amatista refulgen como gárgolas mojadas por el rocío. El pelambre del niño se abrillanta en tonos neón, propios de una especie completamente distinta a la suya.

La mujer sonríe y comprende que el espectáculo no sucede para todos, y que el verdadero acto quedará grabado en su memoria.

CLÍNICA PÉREZ DE CUIDADO DENTAL

Le gustaba rozar sus senos en los hombros de sus pacientes. Disfrutaba ver los ojos avispados y llenos de una imaginación malsana que trataban de meterse por el pequeño escote de su bata azul. Ella fingía que no se daba cuenta y, al entrelazar miradas, sonreía tras su cubrebocas. Luego —sádicamente— inyectaba la anestesia en las encías.

—Va a ver que su mordida mejorará mucho cuando le saque la muela. Bueno, esta vez viene bastante mejor que la primera. ¿Se acuerda?

Otro pinchazo de dolor atraviesa la boca del paciente y comienza a notar cómo la nariz se le entumece.

—No se preocupe, ni va a sentir cuando no esté ahí.

Toma sus pinzas y empieza a tironear del diente. Aunque el nervio está dormido, el sujeto sabe que algo está pasando, y de golpe una sensación de vacío inunda la mordida del paciente. Cuando el hombre mira, nota las gotas de sangre que manchan el cubrebocas y la batita de la dentista, él se desvanece en medio del dolor que la cantidad de anestesia no logró solventar, tiempo suficiente para que el Hada de los Dientes coloque en su jarrón de buenos deseos la muela picada.

Cuando el paciente se va, ella mira los \$900 y el frasco. Si seguía así, podría llegar a fin de mes sin problemas.

TRANS-FORMACIONES

«¡Estoy harto hasta la verga!», gritó para sus adentros. En todos los tres meses que llevaba trabajando en el bar, jamás había tenido que atender una mesa tan horripilante. Una bola de locas y jotitas que se ponían a reír estruendosamente, solo con el afán de joderle la vida a todos los que estaban a su alrededor. Lo peor era ese traveco de gruesas carnes que se sentía la gran

diva. Abría la boca antes de darle el trago a su bebida, y levantaba patéticamente el dedo índice en vez del meñique —para darse aires de grandeza, seguramente.

Escuchó el doble tintineo de la campanilla. El pedido de su mesa. David se fue con ira desmedida a recoger la charola y llevarse los platos que habían solicitado.

—¿Les dejo su pedido?

Madame Jérôme, con sus recién estrenadas uñas, detuvo por el brazo a David y le dijo en una voz grave que intentaba subir por la escalera rota de las clases sociales: —Miamor, ¿y cuándo te sientas a comer con nosotras?

David se quedó inmóvil. El perfume de abuela, el picor de las uñas, esos ojos envueltos en *fucsia*, el aliento que mezclaba lascivia, tabaco y alcohol. Reparó en la barba que empezaba a crecer a paso micrométrico en la papada de Jérôme y quiso correr de ahí.

Arrancó su brazo de la tenaza del travesti y se alejó de pronto: enrojecido, tentado, curioso y muy, pero muy, excitado.

PLAGIO

Después de la décimo octava noche, Schehrazada se estaba quedando sin ideas. Fue el negro eunuco y su lengua quienes inspiraron a la concubina para iniciar el ciclo de las tres manzanas y el negro Rihan.

El rey Schahriar resultó complacido con las nuevas habilidades verbales y amatorias de Schehrazada, así que le fue siguiendo el juego por otros tres largos años.

Extranjeros, chinos, marroquíes, de todo tuvo que conocer la narradora. Así, se convirtió en una gran conocedora de secretos —tántricos y literarios— volviéndose la joya más preciosa de todo el Sassan.

CLASIFICACIÓN DEWEY

La Biblioteca de Babel es más compleja de lo que imaginó Borges. El estatuto establece una regla: la existencia de dos o más ejemplares del mismo título. El caos va más allá de la forma; pues en el fondo es complejo también. Libros como *La filosofía de la historia* deben estar etiquetados como 109 y 901, en un palíndromo clasificatorio que confunda a los ya de por sí desesperanzados bibliotecarios.

REENCARNACIÓN

Nostradamus vaticinó miles de eventos fuera de nuestro control: la caída de las Torres Gemelas, la Primavera árabe, el video de *Gangnam Style*; pero una de ellas: el COVID-19 fue uno de sus versos más destacados y en 1555 mencionó su llegada a nuestras tierras.

Cuatrocientos años más tarde, regresó en el alma de otro gran profeta francés: Así, *La peste* salió al mercado y predijo los cierres de fronteras, los muertos en las calles, el pánico desmedido. Era de esperarse cuando miles de Sísifos y extranjeros viven día a día entre nosotros.

FARMENIOS DEL FELHÉN

Se quedó mirando las piezas del Felhén. Si movía a la derecha, podría hacer un Directo y ganar con una diferencia de 12 puntos; pero su contrincante conocía bien esas estrategias y podría impedirselo, llenando la casilla de la izquierda y entonces podría perder.

—Ajá —desplazó una ficha completamente distinta y al soltarla pudo ver la decepción la cara del anciano.

—Amo Hans... el Felhén no se trata de arrebatos.

El mago le dio una calada a su pipa y empezó a guardar las piezas en una bolsita.

—Espera, Farmenios. Exijo la revancha.

—Un pacto es un pacto, amo Hans. Usted quiso jugar y sabía las consecuencias.

Apuesto que otra sería su reacción en caso de haber ganado.

El mago siguió guardando las piezas, y cuando terminó con todas las que estaban en el tablero, estiró la mano. El cuerpo del general Hans Funder de Yrmania empezó a achicarse, tornar en madera y volverse una pieza más que acabó en el saco.

Dio otra fumada, esta vez paciente y relajada.

«Farmenios del Felhén, yo te reto. Farmenios del Felhén, hagamos un pacto».

El mago —quejoso— se puso en pie. Tenía otro partido y debía teletransportarse lejos.

OSTARA

Su madre lo dejó solo en el bosque. El niño —de apenas catorce años— comenzó a gritar por ayuda; pero las altas secueyas reventaban los llamados, reflejando en la incipiente neblina la desesperación del pequeño.

La angustia del niño reptaba como llamando a los Antiguos. Guiado por la luna llena, el sonido parecía generar un eco inusual, ominoso, espectral. Y, quizá, eso hacía que las ramas que crujían bajo sus pies resonaran a la distancia, como si alguien le diera cacería, como si otra persona estuviese siempre atenta adonde caminaba el pequeño.

Las divertidas canciones y comidas de la tarde parecían tan lejanas. Su madre lo había acompañado hasta ese claro. Le dio a beber un extraño licor, lo dejó a su suerte, y luego, en medio de un desvarío de parte del niño, un lapsus, un pestañeo: ella desapareció.

Fue poco más de una hora deambulando —con el miedo expeliéndole por los poros— cuando observó a su madre a lo lejos entre la niebla. Pétrea, incólume, la mujer miraba a su pequeño, pensando en que pronto sería adulto. En el cielo, Dana —la luna— sonreía por el equinoccio.

El niño prefirió retroceder cuando tuvo a su madre cerca: desfigurada por deseo, completamente desnuda y portando una mueca de éxtasis pagano. En su mano, ella cargaba una máscara astada, la cual —cuando estuvo junto a su pequeño— le puso en el rostro sin mucha resistencia.

—Cernunnos, señor —le musitó la madre al oído desabotonándole la camisa a su hijo—. Hágame suya en Oštara.

Tiró a su hijo al suelo, le arrancó la ropa, y —con la manía de una bruja en celo— se metió a su hijo en su vientre, mientras Dana en cénit observaba el acto y el auténtico dios astado validaba esos rituales al llevarse la mano a su entrepierna. En el bosque, una madre atormentaba a su hijo por venerar las antiguas costumbres.

ARENAS DE AVALON

Artus Pendragón, rey de las Britanias y señor del castillo de Camelot encomendó a Merlín una tarea: colocar los nombres de todos los caballeros de su Mesa redonda en un libro. El carácter academicista de Merlín le obligaba no solo a hacer relación de sus nombres, sino de todas las aventuras que los investidos hubieran vivido.

Con toda su astucia, Merlín estableció un diagrama de redacción muy especial: el caballero, sus aventuras, datos importantes de algún poblado, definiciones, nombres de los barcos, escudos emblemáticos de las casas a las que habían visitado.

Desde las costas de Avalon —tierra sin tiempo, ni leyes humanas— escribió la más compleja obra enciclopédica del mun-

do. El conocimiento infinito estaba en sus páginas. El ejemplar fue un libro tan mágico como él, tan mágico como las arenas de Avalon.

Las leyendas dicen que Artus nunca logró terminar de leerlo. Tan baído y extenso fue el ejemplar que empezó a pasar, mano a mano por anticuarios y coleccionistas. Se le pudo seguir la pista debido a los testamentos que dejaban los aristócratas y nobles. Hay menciones de él en catálogos episcopales como los realizados por George Herbert, o en el milagroso índice —sobreviviente a un incendio en 1327— de una abadía benedictina. Lo último que se supo de él fue que cayó en las manos de un librero americano en Bikanir a cambio de unas rupias. Y así, se perdió toda pista del ejemplar.

EL LOBO DEL SUEÑO

Por Asmara Gay

Luis estaba dormido cuando un lobo gris subió por las cobijas de la cama. Soñaba: sus ojos se movían debajo de los párpados. En su sueño, un lobo gris, peludo y con el hocico abierto avanzaba lentamente por las mantas de su cama, como una ola que se acerca despacio a la playa y es empujada por otra que viene detrás y busca las peñas.

El animal se acercó al pequeño rostro y el niño movió la cabeza al oler el repulsivo aliento. El lobo no se inmutó, le mordió el cuello, y Luis sintió que varios cuchillos eran clavados de golpe en su cuerpo. Sintió un dolor tremendo, comenzó a temblar y cuando pudo abrir los ojos, se percató de que era el lobo de su sueño.

No supo que cada noche, cuando soñaba, el lobo escuchaba su sueño como un llamado, y recorrió un camino de varios kilómetros para llegar a la imaginación del niño. Al verlo dormir, comprendió que tenía que hacer algo. Acabar con el temor que le infundía el chico. Pero ahora estaba muerto y no tenía ya nada que hacer. El lobo apoyó la cabeza sobre las piernas del niño y esperó a que una ola empujada por una ola más fuerte lo buscara a él.

CUANDO EL MURMULLO CESA

En la noche, escuchas un murmullo que reptas por los rincones de la casa. Te asomas por todos lados, pero no ves nada. El murmullo sigue y tú sigues buscando: subes y bajas las escaleras, abres puertas, miras por la ventana. De pronto, el sonido cesa y entiendes que ahora él está contigo.

LOS DOS NIÑOS

Toba jaló el gatillo. El hombre que intentó refugiarse en una casa ahora estaba muerto. Con un impulso que no pudo contener, se acercó y le orinó encima. Se sentía bien. Podía experimentar de vez en cuando esas ráfagas de electricidad en su cuerpo: la muerte de otros.

Ahora tenía que salir de la casa y revisar que nadie quedara vivo. Esa fue la orden. Cerca de donde se encontraba, oyó más detonaciones. De pronto, una bala le rozó el brazo. Creía que nadie quedaba vivo.

Avanzó despacio hacia unos matorrales. Escondido, distinguió la figura de un niño de ocho años, lo miraba. Aquella mirada, temblorosa, lo hizo recordar: la intrusión de Moanmar en su pueblo, la muerte de sus padres, la violación de su hermana, la esclavitud... «Tal vez», se dijo, «si no me hubieran capturado, yo..., mi vida hubiera sido distinta... tal vez si lo dejara ir... tendría una oportunidad...». No pudo terminar sus pensamientos. El niño, asustado, había jalado el gatillo.

A MEDIA LUZ

Por Diana Raquel Hernández

La mujer de cabello negro, ojos rasgados y estatura mínima, encendió una vara de incienso apenas entré a la habitación. Revisó mis manos, primero el dorso y luego las líneas de las palmas. Sorprendida, dijo que nunca había visto unas manos tan desiguales.

—En el amor, observo una disyuntiva próxima. El dinero no faltará y en la vida profesional no sufrirás.

Terminó la sesión, pagué y me marché. Para ser honesta, no confiaba mucho en aquella mujer, la incertidumbre me invadía.

Días después, acudí a visitarla nuevamente en busca de respuestas, dejar a Fernando comenzaba a ser una realidad... sobre todo, cuando los vi tomados de la mano.

EDÉN

Diana no siempre fue un árbol. Alguna vez sus delicadas manos acariciaron mi espalda, besé sus labios, escuché el latido de su corazón, me susurró al oído y nos unimos en medio de la noche.

Un día, la vida nos llevó por caminos separados. Su costado izquierdo comenzó a transformarse en una corteza que fue extendiéndose hasta cubrir todo su cuerpo, lo último en endurecerse fueron aquellos largos y finos dedos.

Mi destino no fue muy distinto, paso los días esperando que me trasplanten al mismo jardín junto a ella, donde duerme profundamente.

DESBOCADOS

La gente nos mira cuando caminamos de la mano por la calle, se preguntan si será una extraña perversión de mi parte o algún complejo de la tuya. Lo cierto es que disfruto sentir sus miradas inquisitivas cuando por casualidad paso mi mano por tu cintura o simplemente te estrecho contra mi cuerpo.

Tu mirada perversa me recuerda que la edad nunca ha sido un problema para nosotros.

PROYECTO NICTALEÓN

Por Marcos Leija

Todos sus inventos tuvieron fines destructivos. Lucius, científico y matemático sobresaliente, vivió manipulado por la mala conciencia. Siempre le decía:

—¡No desperdicies el tiempo que te queda en cosas insignificantes! ¡Que el mundo reconozca tu genialidad a través del poder destructivo! —y el inventor accedía a los caprichos de su *alter ego*.

Impulsado por su terquedad malévola, concluyó el proyecto más ambicioso de su vida, un robot que por nombre llevaría Nictaleón, un instrumento de guerra capaz de ver a través de la oscuridad y las paredes, programado para detectar al enemigo a kilómetros de distancia. En sus ojos superdotados también estaba el arma destructora: un potente rayo láser que atravesaba el acero como una aguja a la seda.

Cuando Lucius concluyó aquel gran proyecto y lo activó, Nictaleón vio con asombro el mundo. Fascinado por el azul del cielo y el canto de las aves, se negó rotundamente a destruir cualquier cosa que tuviera vida.

Lucius le gritó, encolerizado: —¡No tienes sentimientos! ¡Eres un simple artefacto!

Entonces, los ojos de Nictaleón derramaron un llanto incontinente que desbordó los mares de la Tierra.

DEL PORQUÉ LLEVO UN NIÑO TATUADO EN EL PECHO...

Por una sencilla razón tengo en el lado izquierdo de mi pecho el tatuaje del niño que fui hace muchos años.

Durante un viaje a la Polinesia conocí a un viejo indio sa-

moano. Él me dijo que el tatuaje es eterno e inmortal, trasciende al cuerpo después de la muerte.

Los samoanos se tatúan desde tiempos remotos. Yo no sé si ocurre siempre con todos los de su tribu o la fe de aquel hombre era tanta que logró salir de su ataúd y se elevó hasta desaparecer en el firmamento. Cuando llegó el fin de su existencia, se transformó en el dragón que llevaba pintado en todo su cuerpo.

EL ALQUILER

El Tiempo es un hombre enmascarado que a veces camina lento y, otras veces, como un ave rapaz desafía al aire: le da la vuelta al universo en un segundo.

El Tiempo es el vertiginoso encuentro –al cruzar la calle– de un niño, con sí mismo, pero ya viejo.

El Tiempo es el más feroz remolino: arrasa con todo, con casas, autos, ríos, parques. Ayer se llevó el balón de fútbol que me regaló mi padre cuando cumplí los 10. De eso, hace mucho pero mucho tiempo.

El Tiempo es un hombre enmascarado que siempre te sorprende silencioso, aunque yo diría que ahora no tanto, pues insistente, necio, toca y toca con fuerza la puerta de esta casa a punto de caerse.

Yo, aunque quisiera, no puedo levantarme.

El Tiempo ha de pensar que no quiero pagarle el último alquiler. Pero él insiste y yo ya no soporto más el ruido que hace.

—¡Ya cállate! –le gritó—. ¡No puedo levantarme!

Hoy vence nuestro contrato. Ha de creer El Tiempo que no quiero pagarle.

LOS DÍAS QUE PASAN

Por Édgar Núñez

Entreabre los ojos para ver el cinturón del amanecer que va relegando poco a poco la oscuridad de la noche. ¡Otro día que pasa en esta ciudad cada vez más vacía! Ha dormido solo unas horas y allí tumbada, antes de que el sol se deje ver por completo, siente el peso del cansancio sobre sus hombros.

Debe volver al hospital, empezar la siguiente jornada, sacar fuerzas de donde pueda para seguir. Y luego, al anochecer, volver a los condominios a visitar a los enfermos que, recluidos desde sus casas, la esperan.

Antes de salir a la calle silenciosa, advierte que sus ojos más oscuros se pierden sobre su rostro demacrado. Suspira y azota la puerta.

¡Qué difícil es ser la muerte en estos tiempos!

REGALO

Para Eyvar Abarca

La niña entra en la casa de juguete, pone unas piedras sobre el sartén y finge que cocina.

El hombre, que en realidad es su padre, la ve detrás de la celosía y se contiene en no llorar de emoción.

—Aquí tienes— le dice ella, mientras le extiende cinco piedras blancas y pulidas sobre una hoja de plátano.

Él las sopesa con asombro, como si con ese acto se ordenara el universo. La niebla, alta a esas horas de la tarde, inicia un lento recorrido encima de sus cabezas. Y al instante, Sawa tʒat* deja entrever las estrellas.

Ambos lo ignoran, pero de la tierra brota una energía que

ayuda, con el acto, a erigir las paredes derribadas de la casa y a construir un puente entre ellos. Él es, para su hija, un hombre sin rostro, a ella le inventaron una vida, un apellido, un hogar.

En el fondo del l'ps töjk** no sienten tristeza, ni cansancio, ni dolor. Y en el abrazo que sucede después, se enciende una chispa capaz de doblegar las tinieblas de la cueva. Al oriente, Sawa tʒat se disuelve en el Cerro de las Nueve Estrellas, y deja, como huellas, nubes desleídas en el cielo.

NOSTALGIA DE HYLAS

*Cayó él de golpe en el agua oscura,
como cuando del cielo cae
una encendida estrella de golpe al mar.*

TEÓCRITO, IDILIO XIII

Aquí el tiempo pasa diferente como si todo envejeciera más de pronto. A veces se mueven las celidonias en la orilla y dejan pasar un rayo de sol que en lugar de alegrarme me entristece.

Supe que ya no fuiste a la Cólquide. El día que me perdí escuché tus gritos desgarradores entre los breñales; era tanta tu angustia por encontrarme que me puse a llorar y a sollozar tu nombre bajo el agua, aunque sabía que era imposible que me oyeras.

Por otro lado, fue insensato que realizaras los trabajos de Euristeo, ¿acaso fue para demostrar una virilidad impostada? Yolao ha sabido disimular bien a tu lado, mira que seguirte en esa empresa, que a simple vista era casi un suicidio. Y luego, ¿de verdad perseguiste a Neso para arrebatarle a Deyanira y mostrar ante todos tu amor hacia ella? No pienso que llegues a amar a alguien con la misma intensidad con la que me amaste.

*En zoque, 'serpiente de niebla' (nota del autor).

**En zoque, 'inframundo' (nota del autor).

Tienes nostalgia de mí, los viajeros que pasan por Cío dicen que me recuerdas a deshoras. ¿Es cierto que uno de tus hijos se llama Hilo? ¿Fue por qué no pudiste olvidarme, verdad?

Si todo fuera distinto y vinieras a rescatarme, huiría contigo. Prefiero tu amor a la inmortalidad que me han dado las ninfas. Por favor, Hércules, ven, te necesito.

ALICIA

Por Jaime Panqueva

Me gusta soñar que soy secretaria. Secretaria bilingüe. Trabajo para un abogado de ascendencia alemana, alto y rubio, que defiende a los pobres y tiene los modales de un príncipe europeo. Él llega todas las mañanas temprano al despacho; le gusta madrugar, e incluso cuando llego yo, ya ha preparado el café y tiene varias cartas que dictarme. Me siento con mi faldita corta frente a él y cruzo la pierna. Noto el estremecimiento íntimo que lo sacude y que logra controlar, porque eso sí: mi jefe es un caballero. Ahí comienza lo mejor de mi día; mientras trabajo, esforzándome mucho para que todo quede como debe ser, mi jefe me lanza miradas tiernas y habla muy bien de las cosas que hago. Se ha hecho tarde y debo volver a casa con mis papás, me despido. Él, con su mano cálida, envuelve la mía, dice que el despacho jamás funcionaría sin mí. Me ruborizo, luego abro los ojos.

Lisbeth llega al congal arriando madres y descorriendo las cortinas. Dice que hoy es domingo, los mineros llegarán temprano. Me tocan mínimo dieciséis.

MI PADRE

Recuerdo aquel verano de la manera en que él siempre quiso que lo hiciera. La piscina bajo el sol del trópico, mis hermanas en sus tumbonas, mi madre hojeando una novela. Él con su libreta de apuntes descansaba bajo la sombra de un parasol. Mi mirada se cruzaba con la suya, mientras observaba con orgullo al grupo familiar. Era consciente de su felicidad. Por esa razón no dudo en prestarle mi memoria cuando sé que el alzhéimer

está terminando de devorar la suya. Hoy intento conservar ese recuerdo para regresárselo cuando olvide nuestros nombres y el suyo. Un solo pensamiento empaña mi proyecto de simbiosis mnemotécnica: la incuestionable probabilidad de la herencia genética.

UNA MONEDA

La pieza de metal aterrizó sobre el plástico del recipiente. Tome chino, vaya ahorrando pa uno destos... El cofre platino del Porsche rugió, eran doscientos caballos encabritados; el niño no se movía, estaba absorto con la moneda, un círculo pulido y perfecto. Cuando esta reflejó el destello verde, al cambiar la luz del semáforo, las llantas chillaron y el auto fue devorado por el asfalto nocturno de la Quince. El estruendo del motor disimuló la voz aguda del rallón. El niño contempló sus dedos arqueados alrededor de la moneda, salpicados de escarcha plateada: pintura *made in Germany*. Antes de limpiarse los mocos con su manga, cerró el puño para atesorarla y al final, sonrió.

MI PADRE II

Viajábamos hacia Tierra Templada, trayecto largo, sinuoso, salpicado generosamente con casetas de peaje. Buenos años habían pasado desde mi última visita al país y nos pareció, a mi madre y a mí, que le vendría bien a papá acompañarme en ese paseo, cuando él podía manejar, y a sus ligeras lagunas de memoria los médicos aún no las llamaban alzhéimer.

Al salir de la ciudad, quizás sintiéndome cosmopolita y, por consecuencia, sobrador, escupí esta lindeza:

—Pa, ¿A qué edad empieza uno a arrepentirse de las cosas que no ha hecho?

Sabiéndose observado, sin quitar las manos del volante ni la

vista de la cinta asfáltica, respondió:

—Yo no me arrepiento de nada.

Volvimos a hablar una hora y media después, cuando se acabó el dinero para los peajes.

TOLKIEN EN MÉXICO

Bilbo Bolsón caminaba tranquilamente con su equipaje al hombro, cuando unos metros más adelante se detienen un par de narcocamionetas de las cuales descienden hombres armados. El *hobbit* se esconde dentro de un changarro del camino mientras observa cómo los hombres se balacean con la policía, granadas de fragmentación de por medio. Terminado el encuentro, los tipos suben a sus vehículos y se alejan. Bilbo sale de su escondite y le pregunta a la dueña del local. Señora: ¿ya voy llegando a la Comarca? La vieja le responde: Sí, pero a la Lagunera...

CIRCO SIN CARPA

Primero llegaron las edecanes: arrancaron suspiros y chiflidos de los señores.

Enseguida, entró el hombre forzudo, las damas aplaudieron a rabiar.

Cuando éstos se fueron, el maestro de ceremonias empezó a perorar. Nadie ponía atención.

Entró el empresario y lo retiró mientras algo le susurraba al oído. Al rato, volvió con uno nuevo.

Entonces, tocó la banda y, aunque ya nadie le dice enanos a los enanos, éstos salieron a repartir dulces y monedas; desde que se prohibieron los animales les aumentó terriblemente la chamba.

Sobre la masa emocionada cayeron confites, piezas de metal,

tarjetas plásticas, bultos de cemento, despensas. La gente recogió lo que pudo, luego votó y se fue feliz para su casa.

Si en los albores del siglo **xxi** a esto no lo llamamos circo, ¿cómo chingados lo llamamos?

LEÓN DE CIRCO POBRE

Paso saliva. Envuelto en barrotes miro a mi público mientras me estremecen los calambres en mi barriga. ¿Qué importan el látigo y los gritos de mi domador si esta furia intestinal solo puede calmarse con carne fresca? Siento bullir en mis venas los instintos de mítico predador. El suelo ya no es de aserrín, piso las praderas de la sabana. Los gritos del público cuando derribo la remendada reja asemejan los mugidos de la manada en fuga. Abandonada por la turba, la cría está indefensa. En dos o tres saltos me planto frente a ella. Quizás es porque estoy muy débil o acaso por su guiño tierno, ajeno a todo peligro, siento que se esfuma toda mi brutalidad. Aún sumido en la más profunda miseria concibo un último gesto de nobleza.

Regreso a mi jaula desde donde veo regresar a la gente, ahora envalentonada gracias a sus machetes y garrotes. Demonios, tal vez si tuviera colmillos y garras, todo habría sido más fácil.

Paso saliva.

INTER-T

En su oficina, Leucipo se debatía de nuevo contra la incertidumbre. Revisaba sus apuntes de la escena del crimen sin sacar nada en claro. El cuerpo destrozado del italiano, que pugnaba por llenar el desesperante vacío de aquella biblioteca laberíntica donde fue encontrado, presentaba señas visibles de lucha y rasgaduras profundas atribuibles a las garras de una esfinge. Esto, sin mencionar fracturas múltiples en brazos y tórax, si-

milares a las ocasionadas por las masas de las blemias o por la implacable extremidad del esciápodo.

Durante el análisis, Leucipo repasó las declaraciones de testigos que aseguraron haber visto a la víctima discutiendo minutos antes de su desaparición con una hipatia (seguramente sobre la custodia de una hija en común). Otros observadores, de limitada credibilidad, sostuvieron que a Baudolino Aulario de Gالياudio, como decía llamarse el occiso, lo rondaban, desde hacía semanas, unos faunos casi invisibles.

Las cavilaciones del inspector se vieron interrumpidas por la entrada de su compañero. Catapultado por la emoción, irrumpió en su despacho gritando «¡Eureka!» y agitando los brazos como si fuera a emprender el vuelo del ave Roc. Demócrito, así se llamaba, venía del laboratorio de medicina forense con una bolsita de plástico en la que se hallaba la pista decisiva de aquel embrollo intertextual: se trataba de un manojo de incope-lusas provenientes de una mancuspia, que, como todos saben, la mascota consentida e insaciable de un tal Julio.

SILENCIO

Por Marcia Ramos

Asombrado, lo dibujó y volvió a repetirle con desesperación: ¿Qué es el miedo? Y solo escuchó un repentino silencio. Sus ojos terminaron por derretirse en aquel lugar llamado ausencia.

PERFORACIÓN

Dejó un eco en el fondo del vientre tan grande que ningún *piercing* fue capaz de silenciar la cicatriz que dejó su ausencia.

VIRTUD

Una mujer corre desnuda en la iglesia cuando la atrapa un chivo con pies de gallina y la cubre en un abrazo. Sus ojos se secan, ya echa estatua se descubre en un pantano construido por Dante.

LA HISTORIA SIN FIN

Él expulsa ecos errantes en estrellas estáticas, ella espera embriagada el espejo.

El efímero editor estudiará el ejemplo en ellos: espectros enterrados en el eterno etcétera.

OPERACIÓN MARAVILLA

Por Déborah Ruiz

Su última misión: atacar Soledad.

Fragmentos del Polo se derritieron, ardieron. Soledad ardía sola, se quema porque nadie la habita, nadie la recorre. Tiene recuerdos de cenizas congeladas, enterradas en el tiempo.

PIELES

Tengo una piel geográfica, a veces transitada por unos dedos cartográficos. Y mis lunares espaciales atraen intereses astronómicos. Pensar en los tiempos que han habitado mi cuerpo, saber que soy hogar y a veces visitante de cuantos centímetros me contienen.

Los dedos cartográficos recorren las pieles que simulan geografías, con relieves y texturas, con la sensación de reconocerse en ese espacio, nuevo, anteriormente inexplorado por ti. Te seducen los lunares que simulan tus paisajes favoritos, conectados por el misterio de la geometría. Intentas medirlos, tarea imposible: sientes las vibraciones de la fuerza de atracción entre dos cuerpos.

TACTO

Las yemas de los dedos tocan la piel desnuda que nos habita, lentas e irrefrenables se deslizan por un rostro, también desnudo, con marcas del tiempo que lo nombra. Seducen, delicadas, al cuello, besan clavículas y continúan su camino, piel contra piel, como si nunca antes hubieran tocado unos brazos y una cintura curva, rebelde al descender en la cadera. Llegan, sin

contemplar horas, como quien lee poesía a sorbos, al sexo y sus orillas, esos muslos... las piernas, esa fineza de las manos, de sus yemas, al encontrarse con los huesos asomándose, tímidos, de los tobillos. A su regreso, van palpando la cicatriz que también nos habita, una marca expuesta a la sensación, a la tentación, de otros ojos, de otros dedos que abracen la tierra que es el cuerpo, esa piel abierta, atrayente de otras tierras, otros cuerpos, y de sus pieles desnudas.

AXIOMA I

Por Manuel Sauceverde

Todo escritor tiene al menos un lector.

MICROFICCIÓN PRECOZ

Historia de una ida y una venida con menos de doce palabras.

POSTULADO II

La microliteratura es poco para uno; demasiado para dos.

LOVECRAFTIANA

Los sueños son portales a otros universos: uno puede entrar; algo más, salir.

EFFECTO MARIPOSA

Los sueños desencadenan tornados.

INSTRUCCIONES PARA UN VIAJE

Por Mercedes Soto

Para hacer un viaje, medianamente largo, hay que fabricar todo un ritual. Primero, se debe pensar en las posibles maneras de abarcar el asiento del automóvil, porque la misma posición no será suficiente. Después se debe tomar un bolso donde quepa el celular, unpequeño libro, audífonos y cargador; con ellos harás una estancia más amena mientras viajas. Finalmente, se debe colocar la cabeza sobre el cuerpo de la persona que tienes a lado, casi como si se estuviera enamorado, pero sin olvidar que se está solo, de esa manera tu cara adoptará las facciones de cuando uno está deprimido, pero sin estarlo y, al final, se conseguirá un profundo sueño hasta casi llegar al destino.

EL DIOS DE LOS DESTINOS

Una vida se encontraba feliz porque iría de viaje; visitaría un pueblo lleno de destinos. A los destinos les gustaba construir sus casas de adobe porque lo tomaban de los cerros donde habitaban y no tenían que gastar ni un peso. Las casas de los destinos eran frescas, aunque siempre estaban plagadas de alacranes. No importaba, en realidad nada importaba, porque los destinos estaban con Dios y Dios con ellos. Entonces nada les podría hacer daño. Tal vez por eso a la vida le gustaba visitarlos, porque encontraba en los destinos respuestas que ni la vida más intelectual podría deducir.

EL OCIO DE LOS DESTINOS

Los destinos, a veces no tienen nada que hacer, se sientan en una banca de madera que las tiendas proporcionan para dar más veracidad a los que pueda ocurrir en la calle. Si un vida visita el pueblo, ahí están, todos juntos en hilera, abriendo los ojos y volteando la cabeza en dirección a la vida, como si eso indicara que están esperando un espectáculo. Los destinos observan maravillados cada maleta y cada cosa que la vida baja de su auto. Cuando el vida voltea a verlos, disimulan el ángulo de su cabeza, el vida los saluda y ellos responden en coro la situación del tiempo.

NOCHE ROJA

Por Edith Tavaréz

El corsé del vestido me asfixiaba. Abrí los ojos y estaba tumbada en un sofá. Parecía tener ampollas en los pies y por las piernas sentía un cosquilleo. El vestido centelleaba en su máximo tono blanco, no era muy hampón y el tul con encaje me cubría el rostro. No sabía dónde me encontraba. Me dolía la cabeza y al ver a lo lejos a la ventana, aún oscurecía. La poca luz que atravesaba me hizo percatarme de un objeto. Frente a mí colgaba un enorme reloj plateado que marcaba cerca de las cinco.

Intenté moverme y un mareo se apoderó de mí. El estómago se me revolvió y quedé quieta. El silencio me acompañaba sin darme una respuesta para entender lo sucedido. Miré mi mano: blanca, uñas decoradas y un anillo con un diamante brillante. Seguía sin entender, mientras un dolor en la cabeza me provocaba sollozar.

Permanecí en el sofá, sin saber por cuánto tiempo. Observé a lo lejos el pasillo. Había candelabros de varios tamaños, un espejo enorme y macetas con plantas artificiales. Parecía que todo estaba alfombrado. Era como si el tiempo se hubiera detenido en un lugar que no conocía. ¿Qué hacía con un vestido blanco?

Había segundos que no sentía que respiraba, solo el dolor de cabeza que no cesaba. Giré a un costado. Un par de gotas rojizas resaltaban en el suelo. La boca me temblaba, puse los ojos muy abiertos. Respiré con dificultad, me apresuré a indagar al alrededor. En la mesita de noche había un par de llaves, un trozo de papel y varias cajas de medicamentos. Tomé el papel, una receta médica. Lo primero que entendí al leer fue *José*. Mi mente

se apresuró a pensar. Reconocí su nombre y miles de recuerdos me invadieron.

La boda.

La corona en oro blanco que enaltecía mi anular, los diamantes incrustados en el vestido y el Bugatti fuera de casa no rompían su ausencia.

Me quedé inmóvil. No quise imaginar por qué estaba manchada la alfombra. Cerré los ojos y los puños con fuerza. Me dispuse a esperarlo. Que me quitara el corsé que me apretujaba el pecho. Que me llenara de besos. Que me dijera lo feliz que se sentía. Pronuncié su nombre con fuerza hasta quedarme sin voz. Mi aliento alcohólico hizo que tosiera y un eco trajo de vuelta mis gritos. Mas no a José ni a nadie más.

ENTRE LÍNEAS FRÍAS

Siguen en la gaveta, desde hace unos días, los textos que una vez escribí a media noche. Abro el cajón y tan amarillentas las hojas, como el vestido que odio ponerme. Las hojeo, el olor a libro viejo me hace arrojarlas al suelo. Quiero escribir, seguir aquella historia que cada media noche me hace temblar. Me muerdo los labios, corro a la ventana, el cielo anuncia una tormenta. Tomo el café a sorbos, sin disfrutar su sabor tan amargo. La tinta está ahí mirándome desde el escritorio, lista para ser plasmada en el papel que poco a poco se deshace. Me hago valiente, tiro el cajón con fuerza y caen más hojas en montón. Las tomo lentamente, me tiritita el cuerpo, grito y las arrojo por la habitación. Caigo de rodillas y me cubro el rostro con las manos.

Lloro con desesperación, me pongo pálida. Quiero escribir, sacar el monstruo que desgarrar mi interior. Reescribir unas cuantas líneas, las más frías. Recoñada en el suelo leo de reojo un par de palabras que recuerdan aquella noche. La fiesta en el

departamento donde Ana no sobrevivió a una sobredosis. Peter me ayudó a envolverla en una sábana y llevarla al cuarto de limpieza. No supimos qué hacer.

Desde entonces, el mundo tiene un color oscuro. Con los ojos hechos mares, después del escondite, a mi habitación y comencé a redactar lo sucedido. Fue una manera de liberarme. Pongo los ojos muy abiertos, van a salirse de sus órbitas.

No es posible, alguien estuvo aquí. El puñado de hojas no está completo. Me cubro la boca con las manos y dejo escapar un chillido. Guardo aprisa los papeles en el cajón. Se oye el sonido suave de una sirena y por la ventana, atraviesan las luces rojas y azules de un par de patrullas. Lllaman a la puerta y perpleja, me dirijo veloz al sótano.

PÁJAROS EN LA BANQUETA

Por Karina Zavala

Una sombra me asusta. El alumbrado de gran altura y esbeltez puede tornarse un asesino acechando tu vida en cualquier esquina.

Es de noche, no sé cuánto tiempo he estado fuera de casa. Apresuro mi andar, ya quiero llegar a refugio y no sentirme amenazada. Me exaspera la idea de ser perseguida por un ente sin rostro. Pasan un par de minutos, aquella silueta asesina calcada en el pavimento ya no me sigue, pero dejó en el aire algo aún peor, algo está tras de mí o delante de mí. Sea lo que sea carece de forma o color.

Continúo caminando a pesar de que mis piernas se debilitan a cada paso que doy. Repentinamente, recibo un golpe visual. Primera cuadra, una mancha en el suelo: un pájaro muerto en la banqueta, junto a un árbol caído producto de un incendio reciente. El pájaro cortado por la mitad con una simetría inexplicable. Del vientre rojo sigue burbujeando sangre fresca, la cabeza, puré de cerebro, patas arriba. Paranoica, intento correr, pero es inútil. Doy dos golpes en mis muslos que bastan para que reaccionen mis piernas. Corro, mi huída cobra sentido. Segunda cuadra, un nuevo impacto: un pájaro yace en el límite entre la calle y la banqueta. La cabeza, sin pico y sin los diminutos ojos. No fue aplastado, su cuerpo está hueco y seco, todavía conserva volumen. Enloquecida, sigo huyendo. Tercer cuadra: frente a una iglesia dos ángeles-estatua, que adornan la fachada, me hacen frenar de golpe. Miro sus pupilas de piedra, ellos miran el suelo. Observo un ala de pájaro, las plumas intactas, su estructura ósea comienza a dislocarse ante mis ojos.

Agitada, corro vigorosamente, pero esta vez parece que no

avanzo como a quien se le alarga el camino cuando está impaciente. Se multiplican, en una cadena infinita, cuadradas enteras justo cuando doy un paso más. Estoy aterrada, pues pienso, o mejor dicho, sé con toda certeza que aquello que ha matado a las aves, también acabará conmigo. Me está advirtiendo. Seré el cuarto pájaro muerto.

NUESTROS AUTORES

José Juan Aboytia (1974) es autor de los libros de cuentos *Todo comenzó cuando alguien me llamó por mi nombre* (2002), *Contiene escenas de ficción explícita* (FETA, 2006), de los libros de minificciones *Pretextos para una literatura inadjetiva* (NortEstación, 2015), *ABC de la XYZ* (NortEstación, 2018), de la novela *Ficción barata* (ICBC, 2008), y de la saga cuentística *De la vieja escuela* (Artificias, 2016). Aparece antologado en *Lados B, Narrativa de alto riesgo* (Nitro-Press 2013) y *Cortocircuito. Fusiones en la minificción* (BUAP, 2018). Coordinó el Primer Mínimo Encuentro con la Brevedad: La Minificción en México, en el 2017.

Además, imparte talleres de creación literaria. Desde hace quince años radica en Ciudad Juárez, donde se desempeña como maestro en áreas de literatura.

Pilar Alba (1974) realizó estudios de licenciatura y de maestría en Filosofía en la Universidad Autónoma de Zacatecas y el doctorado en Humanidades y Artes

de la misma. Ha publicado los siguientes libros: *En la casa de los espejos* (2002), *Las raíces del vuelo* (2005), *De allá del mar vendrás* (2008), *Mujeres de sal* (2008), *Mírame a los ojos* (2001), *Prohibido señores jugar al paraíso* (2008) y *Dos pájaros de cuenta* (2010).

Actualmente se desempeña como docente de la Unidad Académica de Artes y colabora semanalmente en el suplemento cultural «La Gualdra», del periódico la Jornada Zacatecas.

Daniel Bernal Moreno (1978) es autor del libro de minificción *Todos estamos aquí* (BUAP 2017). Algunas de sus minificciones están incluidas en antologías nacionales e internacionales como *Brevirus* (Brevilla, 2020), *Cuerpos rotos* (Bitácora de vuelos, 2016); *Vamos al circo. Ficción hispanoamericana* y *Cortocircuito. Fusiones en la minificción*, ambas publicadas por Ficción Express (BUAP). Obtuvo una mención honorífica en el Certamen Laura Méndez de Cuenca (2017) por el libro de cuentos *Entonces vimos llover* (FOEM, 2019).

Ricardo Bugarín (1962) es escritor, investigador y promotor cultural. Publicó *Bagaje* (1981). En el género de la microficción ha publicado *Bonsái en compota* (Macedonia, 2014), *Inés se turba sola* (Macedonia, 2015), *Benignas insanías* (Sherezade, 2016), *Ficcionario* (La tinta del silencio, 2017) y *Anecdótico* (Quarks, 2020). Textos de su libro *Bonsái en compota* han sido traducidos al francés y publicados por la Universidad de Poitiers (Francia).

Fernanda Cabrera Sosa es estudiante de Letras Hispánicas en la UAM Iztapalapa. Participó en el Congreso Estudiantil de Educación, Edición, Crítica e Investigación Literaria (CEEICIL XX) de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa y resultó ganadora del tercer lugar de la categoría cuento en creación literaria con la temática de literatura femenina: escritura y representaciones.

Fernanda Callejo (1997) estudia la licenciatura en Letras Hispánicas en la UAM Iztapalapa, donde ha podido participar como moderadora en una mesa de escritoras jóvenes en el CEEICIL XX.

También ha publicado en el sitio web de *Cardenal Revista Literaria*.

Edith Carril es médica y psicóloga social. Participó en talleres literarios, varias antologías de cuentos breves y poesías. Recibió en 2018-2019 el primer Premio de Microficción Martín Fierro.

Daniel Frini (1963) es ingeniero de profesión, escritor y artista visual. Ha publicado en varias revistas virtuales y en papel, en blogs y en antologías de varios países. Publicó varios libros, siendo el último *La vida sexual de las arañas pollito* (2019). Ha obtenido, entre otros reconocimientos, el Premio Internacional de Monólogo Teatral Hiperbreve Garzón Céspedes (2009), Premio La Oveja Negra (2009), Premio El Dinosaurio (2010), Premio I Certamen Internacional de Relato Corto Nouvelle (2017), el Místico Literario del Festival Algeciras Fantástica 2017 y el primer premio del III Concurso de Microrelato Ilustrado Universidad de Jaén (2019).

Amalia Elsa Fuino (1959) ha publicado dos obras tituladas *Unos y otros* de Editorial Long-

seller (2016) e *Intensidades* en Eppursimuoove Ediciones / Ediciones Artilugios. (2019). También ha concursado en España, bajo la convocatoria de Ediciones Oblicuas, con su novela *El verdadero motivo*, en 2019.

Actualmente se encuentra en período de revisión de sus novelas: *Nada es lo que parece* y *Miedo*; y del tercer libro de cuentos.

Ome Galindo (1986) es doctorando en Humanidades por parte de la Universidad de Guadalajara con especialidad en lo fantástico. Su obra narrativa está repartida en diversas antologías y revistas. Además, imparte regularmente varios talleres sobre creación literaria.

Actualmente es profesor de Lengua y Literatura en la Universidad de Guadalajara, así como capacitador de docentes en varias instituciones privadas.

Asmara Gay (1975) es escritora, crítica literaria, traductora y profesora de literatura. Es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la UNAM y maestra en Apreciación y Creación Literaria por Casa Lamm. Asistió a diversos diplomados, talleres y cursos de griego antiguo, retórica y

creación literaria en la UNAM y en la UAM.

Es autora del libro *El ensayo. Fundamentos y ejercicios* (FUNDAP, 2018) y de la antología de cuentos *Elena se mira en el espejo* (Destiempos, 2011). Ha obtenido algunos premios y reconocimientos literarios en España, México y Argentina.

Diana Raquel Hernández (1985) es médica cirujana por la UNAM. Sus escritos están en *Los adolescentes escriben II* (UNAM, 2003), *El libro de los seres no imaginarios. Minibichario* (Ficticia Editorial, 2012), *Alebrije de palabras. Escritores mexicanos en breve* (BUAP, 2013), *Eros y Afrodita* (Ficticia Editorial, 2016), *Las musas perpetúan lo efímero. Antología de microrrelatistas mexicanas* (Micrópolis, 2017) y en la revista *Pleiosaurio* en su volumen *Ochenteros. Miniantología de minificción mexicana* (Abismo Editores, 2017).

Marcos Leija (1983) es escritor tamaulipeco. Sus textos son utilizados como herramienta para aprendizaje del español por el Centro de Enseñanza para Extranjeros (CEPE) de la UNAM,

por el portal académico del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM y para la formación académica en la Universidad Mary Hardin Baylor de Belton, Texas, entre otras universidades. Obtuvo el Premio Nacional de Periodismo 2000-2001. El Instituto Histórico e Geográfico do Maranhão de Brasil le otorgó en 2013 la presea literaria Gonçalves Dias y en 2015 su obra fue considerada de Interés Cultural Latinoamericano por el Senado y la Cámara de Legisladores de la República de Argentina durante el Bicentenario del Congreso de los Pueblos Libres.

Édgar Núñez ha aparecido en los libros *En-saya. Antología de ensayos universitarios* (Universidad Veracruzana, 2013), *Brevísimos* (Ediciones Equinoxio, 2019), *Esto solo podía pasar en verano* (I Concurso Informal de Microcuentos de Verano, España, Tenerife, 2019), *Perros* (Ediciones Sherezade), *Gatos* (Ediciones Sherezade, 2019), *Diversidad(es). Minificciones alternativas* (El Taller Blanco Ediciones, 2020) y en *Los excéntricos* (Lapicero Rojo Editorial, 2020). Textos suyos también aparecen en la Antología Virtual de Minificción Mexicana.

Jaime Panqueva (1973) es un escritor colombiano. Ganador del Premio Nacional Juan Rulfo de primera novela 2009 Conaculta-INBA, publicado en 2011 por Grupo Planeta bajo el nombre de *La rosa de la China*. Su colección de cuentos *El final de los tiempos apareció bajo el sello Nortestación* en 2012. Su relato *Hamburgo en miércoles* fue ganador del concurso literario del 9º Festival Internacional de Escritores y Literatura en San Miguel de Allende 2014. Fue seleccionado por la Asociación de Escritores de Shanghái para las residencias literarias de 2014. Algunos de sus relatos han sido traducidos al húngaro y francés.

Marcia Ramos (1989) es licenciada en Lengua y Literatura de Hispanoamérica, especialista en políticas públicas para la igualdad en América Latina y maestrante en Educación. Fue otorgada la beca Jóvenes Creadores (PECDA), el Premio juventud en el 2018 y la Beca Interfaz en el año 2015. Tiene publicados los libros *Las calles hablan* (2015), *Brevedades infinitas* (2017) y *Diles que no nos vean* (La tinta del silencio, 2019).

Déborah Ruiz (1995) es bailarina egresada del INBAL y estudiante de la licenciatura en Letras Hispánicas en la UAM Iztapalapa, donde realizó una planeación de taller para la transducción literaria: De las letras a la danza. En el 2018, fue becaria de movilidad internacional en la carrera Pedagogía en lenguaje y comunicación de la Universidad Austral de Chile. Participó en el CEECIL XX como ponente con «La Quintrala y el imaginario del mal» y fue ganadora del segundo lugar de poesía en dicho congreso. También ha publicado en el sitio web de *Cardenal Revista Literaria*.

Manuel Sauceverde es doctor en Economía por la UNAM y pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Ha obtenido una docena de reconocimientos en economía, narrativa, poesía y música. También ha publicado en diversos medios nacionales e internacionales. Es miembro del consejo editorial de *La Otra. Revista de Poesía* y dirige el proyecto *Cómics poéticos: collages digitales, gifs y libro-juegos de poemas y microficciones*. Sus libros publicados son *Entre una estrella y dos golondrinas* (Editorial Lectio) y

Universos perpendiculares (Editorial Lectio).

Mercedes Soto es coordinadora y editora de *Cardenal Revista Literaria* en Guadalajara. Obtuvo el primer lugar en el concurso de poesía en lengua inglesa por la Universidad de las Américas de la Ciudad de México, 2013; tercer lugar a nivel estatal en el concurso de oratoria de Toastmasters International en la Ciudad de México, 2014. Es coautora del libro *Igualdad de género*, editado por el Centro de estudios de Derecho Contemporáneo y de Consultoría Integral (CDC) en 2017.

Edith Tavarez (1995) es escritora de cuento corto y novela de suspenso. Redacta artículos de escritura para su blog. Fue seleccionada para el seminario de Letras Guanajuatenses 2018. Ha publicado cuento corto en Argentina, Guanajuato y Estados Unidos. Su primer libro, una antología de cuentos de suspenso, *Alrededor de la fogata*, está por publicarse.

Karina Zavala es licenciada en Psicología Social por la UAM Iztapalapa. Actualmente estudia

Letras Hispánicas en la misma universidad. Ha publicado artículos de investigación en las revistas *El Alma Pública* y *Tema y Variaciones de Literatura*. Participó en creación narrativa en la revista *Pliego 16* (Fundación para las Letras Mexicanas) y en el Segundo Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes de la UAM Iztapalapa.

CARDENAL

